La division del imperio entre dos Augustos y dos Césares, habia habituado á los romanos á ver á sus príncipes soberanos tan pronto en Tréveris, tan pronto en Milan, tan pronto en Nicomedia.

Constantino pensó que la fundacion de una nueva ciudad, y de una ciudad lejana, seria el mejor auxiliar de estas innovaciones y de su política. Fija su eleccion sobre Bisancio, célebre ya antes de la era vulgar por el paso de Jenofonte, por las luchas que habia provocado entre los atenienses y los espartanos, y célebre, ademas, por la vigorosa resistencia que habia opuesto al emperador Severo. Estiende en todos sentidos las proporciones de esta ciudad, y hace de ella la sede del imperio.

Roma es donada al pontífice de los cristianos, comenzando para el vicario de Jesucristo el poder temporal que asegura su independencia; el poder temporal que ha sido un hecho constante en la historia desde entonces, que ha sido respetado por todos los conquistadores, y contra el que en vano se alza hoy una impotente revolucion!

La ciudad de Roma habia comenzado por antiguas ceremonias etruscas; Constantinopla comenzó por un pensamiento religioso y social enteramente nuevo. Para realizar la civilizacion que el cristianismo habia introducido, no habia otro partido que tomar sino sumirla en las piscinas bautismales, donde los hijos de Jesucristo se purificaban.

Noticia increible para los romanos fué el saber que iban á ser á su vez lo que tantos otros pueblos habian sido con respecto á ellos por muchos siglos, una especie de municipio; pero Dios habia hablado, las generaciones humanas no tenian mas que obedecer!

Así el cristianismo, que habia conquistado los pueblos, conquistaba los reyes á su vez; así aspiraba simple y fuerte á la monarquía universal.

Constantino acababa por primera vez de manifestar el plan estenso de la idea y del pensamiento que habia concebido para la religion de Jesucristo.

El senado y todos los que en las grandes ciudades contribuian á decidir las grandes medidas públicas, habian asociado sus simpatías á las del emperador al levantarle un arco de triunfo por la derrota de Magencio, como cediendo á la divinidad toda la grandeza de su genio.

De todas partes acuden á Constantino; en todas partes secundan sus planes. Destrúyense los antiguos templos y se reemplazan por iglesias; en todas partes se habitúan á la clemencia con los apóstoles de una religion que tanto habian maldecido, y que habian regado con arroyos de sangre.

Los pueblos en sus instintos son tan firmes y seguros cuando pueden obrar libremente, siguiendo el movimiento comenzado desde el trono, que despues de tantos siglos perdidos en las locuras idolátricas, entran á verlas desplegadas en los oceanos de la verdad.

Roma sola resistia..... Roma fué abandonada, y una brillante capital se alzó en el Oriente.

La religion nacional se cambió sin sacudimientos, sin revolucion alguna; el politeismo privado de aquel apoyo cayó por sí mismo, y sus débiles gemidos fueron sofocados por el grito universal de un ejército victorioso agrupado al rededor de la cruz.

La bandera de la libertad del mundo fué la cruz, antes signo de oprobio y de infamia. La cruz fué la vara de Moisés que ablanda la dureza de Faraon, y le sumerge en las ondas. En vano las potestades de la tierra se ligaron para sostener al mundo en servidumbre y proscribir la cruz. La cruz fué y será plantada sobre los palacios de las potestades de la tierra.

Esos discípulos, esos apóstoles, esas vírgenes tímidas que hemos visto desafiar heróicamente la muerte y los tormentos, la llevaron teñida en su sangre hasta los últimos confines de la tierra. La cruz prendió con hondas raices en ella, y la vemos brillar sobre la corona de los reyes, en lo alto de las torres, en medio de los caminos y de las plazas públicas: preside en los tribunales, en las asambleas de los legisladores, resplandece en el pecho de los valientes escapados al peligro de la guerra, forma el mas bello adorno en el cuello de las mugeres, protege la cabaña del pobre, tiene un lugar distinguido en los palacios de los poderosos, cubre el sepulcro de nuestros padres, cubrirá el nuestro, y resplandecerá triunfante en el último dia del juicio en manos de la víctima del Gólgotha, entre los abrasados escombros y humeantes ruinas del mundo!!!

CAPITULO XX.

CONCLUSION.

Nosotros hemos visto en el curso de esta obra á la Iglesia de Cristo, pobre, perseguida, multiplicando sus prosélitos á pesar de todos los obstáculos; nosotros la hemos visto salir de la Judea sin recursos, sin autoridad, sin fuerzas, sin ciencia, establecerse por solo la virtud y la paciencia en los tormentos: calumniada por los judíos, así como por los sacer-

dotes paganos y un populacho fanático; perseguida por príncipes omnipotentes, que á la vez emplean contra ella la seduccion y la tortura; dividida por las heregías y las locuras de sus partidarios, se ha levantado al fin triunfante en medio de los mas terribles obstáculos. ¡Tanto habia envejecido el mundo! tanta necesidad tenia de una regeneracion!

Lo que no habian podido hacer Licurgo, ni Solon, ni Sócrates, su divino discípulo, Antonino ni Marco-Aurelio, el cristianismo lo hizo.

Tuvo que combatir la educacion y las costumbres, las preocupaciones arraigadas; pero llevando en su seno una civilizacion avanzada, cambia la faz del globo, mejorando la suerte de los hombres. Las costumbres, las leyes, la filosofía, las letras, las artes, las ciencias, iban todas á obedecer el imperio de la nueva religion.

La Iglesia habia soportado sus males con valor; se habia glorificado, se habia ennoblecido en su infortunio; su lucha en la adversidad habia vivificado sus raices; su victoria iba á esponerla á nuevos combates; la prueba de la persecucion habia concluido; pero iban á comenzar nuevas luchas para la Iglesia.....

En el centro de la civilizacion, sobre esta tierra donde las artes y las ciencias parecen haber ensanchado los límites de lo posible, aquí, esta autoridad santa, sin armas, sin guardias pretorianas, lucha hace diez y nueve siglos contra las corrupciones del mundo; delante de ella se inclinan todas las frentes..... En ella reconocemos nosotros nuestra verdadera madre, el manantial donde bebimos en nuestros primeros años.

Semejante á un gigante, á quien unos niños tratasen de derribar, esta autoridad venerable permanece en pié, inmóvil siempre, y su sola inmovilidad es su victoria.

Nosotros la nombraremos, pues, esclamando de lo mas profundo de nuestro corazon: Creemos como buenos españoles, en la Iglesia una, santa, católica, apostólica, romana, creemos en la sucesion no interrumpida de sus doctores y de sus apóstoles, porque creemos en Dios, porque hemos visto la impotencia de las diversas escuelas filosóficas que han dominado al mundo, y porque la religion es el único vínculo que puede reunir los hombres.

En efecto, bajo todos los soles y en todos los pueblos, ya de los existentes, ya de los que el tiempo ha lanzado á la nada, civilizados ó bárbaros, encontramos un altar. El indio nos enseña sus pagodas, el musulman sus minaretes, el cristiano sus iglesias. Removamos las entrañas de la tierra, y en el antiguo suelo de Atenas y de Roma encontraremos fragmentos esparcidos de sus templos, rotas columnas, estatuas de los dioses mutiladas. Sobre todo, consultemos la historia y ella nos revelará el triunfo de la Iglesia católica sobre todas las religiones. Y para que no se diga que la Iglesia vino á la sombra á propagar mas segura su doctrina á favor de los tiempos bárbaros y de ignorancia, en medio de la mayor civilizacion es cuando aparece el cristianismo. En medio de los sabios planta sus reales Jesucristo. Nace, es verdad, en un pesebre, en un establo; pero tiene por testigo el gran siglo de Augusto, el mas bello de todos los siglos despues del de Pericles.

A fin de probar al mundo que la religion y la Iglesia podian existir aun sin la civilizacion, esa civilizacion brillante desaparece, y la barbarie

que le sucede, despues de haber destruido todos los monumentos de las artes y del saber, vió fortificarse la fe, crecer y propagarse por el mundo.

Al contrario de las épocas que han destruido, la edad media ha edificado, y nosotros, poco fieles á las gloriosas tradiciones de lo pasado, hemos derribado en el frenesí de la revolucion, monumentos que respetaron los siglos, y que levantaron á la Iglesia la piedad de nuestros padres.

La doctrina de la Iglesia ha resuelto en beneficio de la humanidad, los problemas á que no alcanzó nunca la filosofía.

Volvamos la vista atrás y recorramos los sistemas que dominaron al mundo antes de la aparicion de la Iglesia católica.

Los primeros genios observadores quisieron ver solo con los ojos de la razon todas las cosas, descubrir con solo su auxilio la verdad ó falsedad de ellas, y de afirmativa que fué en un principio la filosofía, se convirtió en escéptica, y despues en negativa.

Algunos siglos antes de Jesucristo hubo un pueblo que se distinguió entre todos los demas por el brillo de sus luces, por el esplendor de su civilizacion, la Grecia.

En este pais apareció un hombre que arrojando una mirada escrutadora y penetrante sobre la religion de su pueblo, la vió desfigurada con groseras supersticiones y emprendió la dificil empresa de tornarla á su primitiva pureza: este hombre, que comprendió los sufrimientos generales de la humanidad y tuvo el valor de venir á su socorro, tiene uno de los nombres mas ilustres que han honrado la tierra. Era *Sócrates*, que elige sus primeros discípulos entre la juventud de Atenas, entre la que brillaba Alcibiades, uno de los mas grandes capitanes de aquella república. El filósofo minaba el culto de las falsas divinidades de la Grecia. Sus sacerdotes se amotinaron, concitaron contra él las pasiones de la multitud ignorante, y le hicieron condenar á muerte; muerte que ha escitado la indignacion general, cuya impresion dura aún al través de tantos siglos; ¡sí, la posteridad mas remota maldecirá para siempre á los jueces inicuos que hicieron beber á Sócrates la cicuta!

Este sabio fué víctima del odio ciego de los malvados; pero muy pronto, por una especie de venganza del cielo, y á fin de que la verdad no quedase sin intérprete, Platon nace de la muerte de Sócrates; Platon, que sus contemporáneos, y despues los padres de la Iglesia, han llamado el *Divino*, y que aun hoy es el solo hombre que está en posesion de este glorioso dictado.

Cuanto existia en su tiempo sobre la tierra, instituciones civiles, políticas ó religiosas, todo ha desaparecido, y entre nosotros, como en otro tiempo en la antigua Atenas, aun se dice el *Divino Platon!* Sin cesar los padres de la Iglesia le citan con honor é invocan su testimonio.

Platon proclamaba altamente la unidad de Dios, la existencia de un mundo invisible, del que este solo es una figura, queria que el hombre se inclinase incesantemente á aproximarse al Ser supremo, purificando su corazon al mismo tiempo que su alma se pusiese en comunicacion con Dios por medio de la oracion. En efecto, jamas el mundo habia oido lecciones mas sublimes de moral de la boca de un hombre. ¿Cuál ha sido la última palabra de este gran filósofo? "Es preciso que venga

alguno del cielo para instruirnos y revelarnos la verdad; entonces solamente nos será dado poseerla."

¡Sócrates y Platon! ¡qué nombres! Seguramente la filosofía no puede producirlos mas grandes, y podria decirse de ellos con razon lo que de Hector el poeta latino: "Si Troya hubiese podido salvarse lo hubiera sido con tales defensores. *Troyaque nunc stares!*"

Al acusar la insuficiencia de la filosofía para alumbrar y dirigir al hombre, Platon en su alta sabiduría prevé la suerte que aguardaba á su escuela, y los hechos justificaron plenamente su prevision.

En efecto, á pesar de la sublimidad de su doctrina, á pesar de todo el brillo de su talento, la escuela afirmativa de Sócrates y de Platon nada ha fundado.

Apenas baja Platon á la tumba, cuando otra escuela muy diferente, la escuela escéptica, le sucedió, fluctuando entre el sí y el no, entre la afirmacion y la negacion, vacila, titubea, camina incierta, y tan pronto se inclina á la derecha como á la izquierda; en una palabra, duda de todo. Esta confusion, este laberinto de ideas y de sistemas que se destruyen y combaten recíprocamente, viene á reasumirse en Ciceron, que fué uno de sus mas brillantes representantes.

En fin, la escuela negativa viene osada y audaz á recoger el cetro de la desconcertada escuela de los escépticos, esperando que á su vez una fuerza sobrenatural venga á reducirla á polvo. Lucrecio es su brillante y triste espresion. En su poema de *Rerum natura*, de la naturaleza de las cosas, prodiga todas las galas, todo el lujo de su poderosa imaginacion para establecer, el ¡qué!..... Que nada existe fuera de este mundo visible, que este mundo que aparece á nuestra vista es la obra del acaso, que el hombre mismo, este rey de la creacion, el mas admirable y bello de los fenómenos del mundo, no es otra cosa que un polvo vil salido de la nada, donde temprano ó tarde debe inevitablemente volver.

Dividida en tres campos enemigos se hallaba la filosofía, cuando apareció el cristianismo para salvar el mundo, lanzó su poderoso soplo sobre esa multitud de opiniones, y han desaparecido y reinó solo y sin oposicion.

Despues de tres mil años la filosofía buscaba fuera de la fe católica la solucion del problema del hombre. ¿Qué consiguieron sus inútiles esfuerzos? ¿Qué sus infatigables investigaciones? ¿Qué nos ha enseñado sobre el orígen del hombre, sobre su fin, su destino, la doble sustancia que le sustituye, sobre esos terribles contrastes que presenta el hombre, sobre esos sentimientos generosos que lo elevan al cielo, sobre esos innobles sentimientos que lo rebajan hasta el nivel del bruto? ¿Qué nos han dicho sobre este profundo misterio? Nada, absolutamente nada. Tan pronto esta razon soberbia ha dicho que el hombre lo era todo, que la creacion entera no era mas que una modificacion del ser individual del hombre, tan pronto ha declarado que era una masa orgánica, tan pronto ha dicho que el hombre era un sueño, un mito, un fantasma, un enigma descifrable, y la conclusion que se ha sacado es la de Epicuro: "Vivamos, comamos, porque mañana moriremos."

La Iglesia al contrario, por medio de la fe y de sus doctrinas, ha dado á todas estas importantes cuestiones una solucion clara y terminante.

Así, una palabra que ilumina la parte primordial del hombre, es la palabra de Dios Creador, cuando recogiéndose en sí mismo, hagamos, dijo, el hombre, hagámosle á nuestra imágen y semejanza. ¡Ved por qué el hombre es grande! Lleva impreso el sello de Dios que lo ha criado. Cuando la inteligencia del hombre se desarrolla bajo el imperio de la fe, no hay verdad, por alta que sea, á que no pueda alcanzar, puede aun llevar la idea de lo infinito.

El hombre, contemplado á la antorcha de la fe, ya no nos ofrece ningun misterio, comprendemos por qué esas dos sustancias, el espíritu y la materia, se reunen en él, comprendemos que Dios ha querido hacer del hombre un compendio del universo, el núcleo de la creacion. Mas una revolucion profunda sobreviene en su poder. El rayo hiere á este rey de la creacion, el águila se ha trasformado en buho y se arrastra en las tinieblas de su decadencia. ¿Será eterna su desgracia? No: él se levantará en Jesucristo. El gran nombre de Cristo aparece y se disipan las dudas; el hombre es iluminado. La fe, despues de habernos dado la mas alta nocion de Dios, de nuestras relaciones sobrenaturales con él, abre aun el horizonte á nuestras inmortales esperanzas. Hijos de la Iglesia, sabemos hoy que iremos á donde existe su gefe invisible, que iremos á su gloria, que se rasgarán los velos que cubren hoy los misterios revelados.

La Iglesia aparece en la ciudad de los Césares. Lucha, y lucha por tres siglos; pero al fin triunfa. ¡Destrónanse los dioses del Olimpo!

Las ciencias en la antigüedad recibieron un rápido impulso con el espíritu apostólico y renovador. Por do quiera de donde desaparece el cristianismo se alza de nuevo la ignorancia y la servidumbre.

La Iglesia católica crece con la civilizacion y marcha con el siglo. Uno de los caractéres de la perpetuidad que le está prometida, es el de ser siempre del siglo que ve pasar, sin pasar ella jamas.

Durante quince siglos, el mundo vivió sin oposicion alguna en el cristianismo.

Vergonzosa de su derrota la filosofía despues de tan largo sueño, emprendió recoger por mano de sus recientes apóstoles, el poder que se le habia escapado. Pero el trabajo se hizo en sentido inverso, el movimiento filosófico que habia comenzado por la afirmacion en los antiguos, comenzó en los modernos por el escepticismo. ¿Y por qué? Porque en tanto que los antiguos fueron impotentes para establecer verdades que siempre les faltaban, el cristianismo habia anunciado al mundo la verdad plena, clara, palpable; y siendo el cristianismo la mas alta, la mas brillante, la mas estensa de las afirmaciones, el arma natural con que debian esperar conmover poco á poco esta inmutable certidumbre era la duda.

Esta nueva faz de la filosofía debió de ser, y fué en efecto, escéptica. Su mas famoso órgano fué Baile, el autor tristemente célebre del Diccionario que lleva su nombre, y en el que tuvo el capricho de burlarse de todas las opiniones, de todas las creencias, destruyendo las unas por las otras sin cuidarse de edificar nada sobre sus ruinas.

De las cenizas de la moderna escuela escéptica, se levantó entre nosotros y en la vecina Francia la filosofía negativa, que tuvo gran séquito en Europa durante la última mitad del siglo pasado, y que se personificó

en el mas ilustre, nos engañamos, en el mas célebre de los hombres de aquel tiempo: FRANCISCO MARIA ARQUET DE VOLTAIRE.

Sin embargo, la accion disolvente de esta escuela debia producir una reaccion: por eso en medio de la corrupccion del siglo XVIII, del seno de esa atmósfera desecada por el soplo árido de la duda, un hombre se ha levantado solo contra su siglo. Este hombre no ha dejado un nombre puro como Platon; pero ha tenido mas valor que él en la lucha, porque luchaba solo contra todos. No era un cristiano completo; pero en cambio de sus vicios, de sus errores y estravíos, creia firmemente en esas grandes verdades en que se apoyan todas las religiones, en la existencia de Dios, en la espiritualidad é inmortalidad del alma, en una vida futura, vida de recompensa para los buenos y de penas para el malo.

Asustado de las ruinas que amontonaban en derredor de sí los filósofos de su tiempo, protestó con solemne energía contra sus disolventes doctrinas, y su pluma los anatematizó en sus páginas ardientes de elocuencia. Este hombre, que todos nuestros lectores habrán nombrado, no deberiamos escribir tal vez su nombre en esta obra eminentemente católica. Lo nombraremos, sin embargo, porque cuando un hombre, aunque impuro, aunque culpable, ha hecho alguna cosa buena, es justo, es conveniente reconocerlo y proclamarlo en alta voz. Y bien, ese hombre se llamaba JUAN JACOBO ROUSSEAU! ¿Qué consiguió este hombre de la disolucion de su época? Nada: fué arrastrado él y los otros por el torrente devastador, y cayó con ellos en el abismo inmenso, de donde no salió la Europa hasta que confundió sus doctrinas.

Sócrates y Platon, los mas dignos intérpretes de la antigua escuela afirmativa, enseñaban su doctrina cuando los templos de las divinidades de la Grecia permanecian aun en pié; cuando el incienso humeaba en sus altares, aunque decayendo su culto, el escepticismo comenzaba á introducirse en las masas del pueblo. Noble fué la empresa que emprendieron de asentar sobre sus restos una creencia filosófica. Empero despues de la aparicion solemne del cristianismo, á cuya luz y bajo cuyo impulso habia caminado el universo durante tantos siglos, osar sustituir á su inmortal doctrina una enseñanza filosófica, era la mas insigne de las locuras, la mas audaz de las temeridades. Esto esplica sin trabajo y naturalmente la diferencia de suerte que la posteridad reserva á los antiguos y modernos filósofos. ¿Quién osará comparar los unos con los otros? ¡Qué hermoso nombre el de Platon! ¡Qué nombre tan desacreditado el de Rousseau!

Ya no hay escépticos. El escepticismo ha muerto: apenas cuenta en nuestra católica España algunos pocos representantes entre los ancianos de otra época, mas dignos de compasion que de vituperio, que en su juventud respiraron el aire infecto del siglo XVIII, y que han permanecido tan atrasados en política como en religion. La juventud española no es escéptica, la juventud cree en la religion de sus padres. El movimiento de nuestra época es un movimiento regenerador. En la juventud hay una fuerza vital, una savia generosa que no se encuentra en igual grado en edad alguna; hay en ella inmensas disposiciones para sostener la verdad.

La juventud cree, la juventud espera, la juventud ama; cree, espera y

ama naturalmente, porque en el curso de las revueltas políticas, ha sido engañada bajo seductores nombres y no ha visto edificar nada, y sí destruir. Ardiente, impetuosa, podrá tener sus estravíos; pero ha abrazado con entusiasmo el sostener la fe de sus abuelos.

Así, en estas grandes y solemnes épocas en que Dios quiere regenerar el mundo, es por la juventud por donde comienza. El primer sitio tocado por su dedo augusto, es el corazon de la juventud; allí deposita su verdad..... Entónces se ven brillar en la juventud virtudes que no conocieron los ancianos, y Dios se complace en contemplar esas frentes puras, donde resplandece la aureola de la verdad, porque un reflejo suyo ha aparecido sobre ellas.

Así la generacion presente no es menos celosa en defender la libertad constitucional de la España, que es una de las necesidades del siglo y de la época en que vivimos, que en defender las libertades de la Iglesia, porque la Iglesia tambien tiene sus libertades.—La libertad de la fe, la libertad de su enseñanza, la libertad del santo sacrificio, la libertad de conferir la gracia por los sacramentos, la libertad de perpetuar su gerarquía, segun la estableció Jesucristo.

Cinco libertades que no perecerán jamas, porque son de derecho divino y de derecho natural. Porque la verdad, la gracia, la virtud, no pertenecen esencialmente sino á séres inteligentes; son, pues, esencialmente del órden espiritual; y por todas partes el poder que de ellos dispone es espiritual.

Así la generacion presente ha recibido con entusiasmo la reconciliacion de la España con el gefe supremo de la Iglesia, de quien le habia divorciado por quince años la revolucion!

Así ha acogido con el mas puro júbilo su union con el pontífice.

Hay un lugar en el universo, donde se siente mas que otra parte alguna la necesidad de esta union, donde se esperimenta una de esas emociones indefinibles; debajo de la cúpula de San Pedro de Roma. No sabremos decir lo que hemos sentido las dos veces que lejos de nuestra patria, en esa gran catedral del mundo, bajo esa cúpula única en el universo, bajo ese panteon, que el genio de Miguel Angel suspendió en los aires, al levantar nuestros ojos á su prodigiosa elevacion, encontraron estas palabras de Jesucristo dirigidas á un simple pescador; estas palabras trazadas en letras de oro que coronan el entablamento interior: *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo ecclesiam meam, et dabo tibi claves regni cœlorum.*

La España ha respondido con un grito de dolor y de indignacion, como la cristiandad entera, al grito de sedicion y de ingratitud que ha lanzado de Roma al pastor supremo de la Iglesia, al gran Pio IX, y por restablecerle en su trono pondrá su corazon, sus brazos, sus tesoros!

El catolicismo triunfará de la revolucion, porque el catolicismo triunfante de los romanos, de los bárbaros, de los hereges, de la filosofía del siglo XVIII, ha permanecido en pié en medio de tantas ruinas, porque asentado está sobre la mano de Dios, y lo que Dios tiene en su mano no lo suelta jamas.

Semejante á esas altas pirámides edificadas por los Faraones, la Igle-

sia católica es una pirámide divina, cuyos fundamentos tocan á las entrañas mismas de la verdad, cuya cumbre se lanza á los cielos.

Esta pirámide ha sido edificada por una mano que á todo cuanto ha hecho le ha impreso el sello de la eternidad.

Los sectarios de la heregía han intentado en vano desmoronar algunas piedras; pero rechazados en su estéril trabajo, han ido á perderse en las insondables soledades de la duda y del error.

Tampoco han podido ni podrán nada las revoluciones con sus escándalos, con sus máximas, con sus desórdenes contra la Iglesia, porque está escrito que no prevalecerán contra ella las puertas del infierno!

En nuestro primer viage en 1841 á la capital del mundo cristiano, al pisar la tierra santa de las catacumbas, concebimos la idea de escribir la lucha del cristianismo con los dioses del decrépito Olimpo.

En nuestro segundo viage en 1848, en el que hemos sido testigos oculares de la revolucion que ha derribado [esperamos que por poco tiempo] el poder temporal del pontificado, ese poder que hemos visto en nuestras páginas alzado por Constantino y aumentado despues por Carlo-Magno, hemos terminado la historia de la lucha de los mártires de la fe.

¡Ojalá que esta obra, en que hemos depositado los principales resultados de nuestras esploraciones, no sea inútil á las gentes piadosas, y que sobre todo no contenga nada contrario á la fe, á la Iglesia, á cuya gloria hemos consagrado nuestros estudios y tareas. Si algun error hubiera podido deslizarse en nuestras páginas, arrebatados por el entusiasmo de una imaginacion ardiente y escribiendo en medio de las agitaciones políticas del mundo, humildemente lo retractamos!

Roma 8 de Diciembre de 1848.

El Conde de Fabraquer.

INDICE.

PROLOGO. Bajada del autor á las catacumbas de Roma y su visita.—Idea y bosquejo de esta obra.—Descripcion histórica de las catacumbas. II

INTRODUCCION. 1

CAPITULO I. Persecucion por los judios.—Principios del cristianismo.—Estado religioso del mundo.—Los apóstoles.—Sus escritos.—Nueva era de Jesucristo.—Predicacion de los apóstoles.—Persecucion de los judios.—Tolerancia de los romanos con los cristianos.—Vida comun de los cristianos.—Institucion de los diáconos.—Viages de los apóstoles.—Simon Mago, convertido al cristianismo.—Esteban, primer mártir.—Conversion de San Pablo.—Sus viages.—Primer concilio de Jerusalen.—Imperio de Tiberio, Calígula y Claudio.—Caractéres de los diez y ocho primeros años del cristianismo. 1

CAPITULO II. Caractéres de la doctrina de los cristianos.—Establecimiento de los obispos. Viages de San Pedro y San Pablo á Antioquia.—San Pedro vuelve á Roma.—Espulsion de los judios y los cristianos de Roma.—Carácter de la elocuencia de San Pablo.—Males que ataca. Mudanza introducida por el cristianismo en la condicion de los esclavos.—En la condicion de la muger.—Viages de San Pablo.—Su predicacion en Tracia.—En Atenas.—En Corinto.—En Efeso.—Su vuelta á Jerusalen.—Su prision.—Es conducido á Roma.—Su libertad.—Viage de San Pedro.—Dispersion de los apóstoles.—Martirio de Santiago el Menor.—Primeras heregías en la Iglesia. 12

CAPITULO III. Persecucion de los romanos.—Neron.—Primera persecucion del cristianismo. Incendio de Roma.—San Pablo vuelve á Roma.—Confusion y muerte de Simon Mago.—Martirio de San Pedro y San Pablo.—Innumerables mártires.—Cuán útil fué el martirio al cristianismo.—Revolucion de Judea.—Rebelion contra Neron, y su muerte.—Galba, Othon, Vitelio, emperadores.—Vespasiano, proclamado en Judea emperador.—Sitio y destruccion de Jerusalen.—Consideraciones sobre sus ruinas.—Tito, emperador. 26

CAPITULO IV. Segunda persecucion del cristianismo bajo Domiciano.—Nerva, emperador. Tercera persecucion bajo Trajano.—Actas de los mártires.—Martirio de San Simeon, obispo de Jerusalen.—Carta de Plinio á Trajano.—Martirio de San Ignacio.—Adriano, emperador.—Heregías.—Los gnósticos.—Apologías del cristianismo.—Carta de Adriano á favor de los cristianos.—Martirio de Santa Sinforosa y sus siete hijos.—Muerte de Adriano.—Cuarta persecucion del cristianismo bajo los Antoninos.—Mártires.—Heregías de Marcion y Apeles.—San Justino, filósofo cristiano.—Su apología del Cristianismo.—Suspension de la persecucion.—Muerte de Antonino Pio. 37

CAPITULO V. Marco Aurelio, emperador.—Persecucion de los cristianos.—Apología de San Justino.—Su martirio.—Martirio de San Policarpo.—Milagro de la legion Fulminante.—Apo-